

las infamias. No me sueltes, no me dejes, trátame siempre como a un niño. Que sea yo fuerte, valiente, entero. Pero ayúdame como a una criatura inexperta; llévame de tu mano, Señor, y haz que tu Madre esté también a mi lado y me proteja. Y así, *possumus!*, podremos, seremos capaces de tenerte por modelo” (ECP, 15)

En todo el libro, en fin, se advierte el deseo del autor de fomentar en los lectores la decisión de hacer propio lo que están leyendo y aplicarlo a su vida ordinaria.

3. Difusión

Un dato de singular interés acerca de *Es Cristo que pasa* es su rápida difusión por todo el mundo, a través de su traducción y edición en las principales lenguas occidentales. Tal difusión, que es un elemento integrante de la historia del libro y de su eficacia espiritual y apostólica, fue precedida, como ya se ha dicho, por la previa propagación –en contextos lingüísticos y culturales diversos– de las dieciocho homilías por separado.

En vida de san Josemaría, y en poco más de dos años –entre marzo de 1973 y junio de 1975–, vieron la luz seis primeras ediciones del libro en diferentes lenguas, en el siguiente orden: castellano (*Es Cristo que pasa. Homilías*, marzo de 1973), italiano (*È Gesù che passa. Omelie*, diciembre de 1973), portugués (*Cristo que passa. Homilias*, mayo de 1974), inglés (*Christ is passing by. Homilies*, septiembre de 1974), alemán (*Christus begegnen. Homilien*, noviembre de 1974) y francés (*Quand le Christ passe. Homelies*, junio de 1975).

Entre 1973 y 2009 habían visto la luz 118 ediciones, publicadas en 26 países y en 19 lenguas distintas, incluyendo las seis anteriores. Las más recientes están escritas en las siguientes lenguas (por orden de aparición): japonés, holandés, serbio, griego, catalán, polaco, checo, chino, finlandés, croata, esloveno, sueco y árabe. El

número total de ejemplares distribuidos a fines de 2009 era de 539.806.

Voces relacionadas: Amigos de Dios (libro); Escritos de san Josemaría: Descripción de conjunto.

Bibliografía: Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa. Edición crítico-histórica preparada por Antonio Aranda*, Madrid, Rialp, 2013; Antonio ARANDA, “*El bullir de la Sangre de Cristo*”. *Estudio sobre el cristocentrismo del Beato Josemaría Escrivá*, Madrid, Rialp, 2000; Peter BERGLAR, “Leuchtzeichen für die Christen unserer Zeit. Anmerkungen zu der Homiliensammlung «Christus begegnen» von Josemaría Escrivá de Balaguer”, *Theologisches*, 74 (1976), pp. 17-18; Ramón GARCÍA DE HARO, “Homilías: «Es Cristo que pasa»”, *ScrTh*, 5 (1973), pp. 379-424; José Luis ILLANES, “El cristiano «alter Christus-ipse Christus». Sacerdocio común y sacerdocio ministerial en la enseñanza del beato Josemaría Escrivá de Balaguer”, en Gonzalo ARANDA - Claudio BASEVI - JUAN CHAPA (eds.), *Biblia, exégesis y cultura. Estudios en honor del Prof. D. José María Casciaro*, Pamplona, EUNSA, 1994, pp. 605-622; Id., “Obra escrita y predicación de san Josemaría Escrivá de Balaguer”, *SetD*, 3 (2009), pp. 203-276; Antonio MILLÁN PUELLES, “Amor a la libertad”, en Aa.Vv., *Homenaje a Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, Pamplona, EUNSA, 1986, pp. 26-53; Joaquín PANIELLO PEIRÓ, *Las «homilías» de san Josemaría Escrivá, meditaciones del ministerio de Cristo. Un análisis de forma y contenidos de Es Cristo que pasa y Amigos de Dios*, Roma, Pontificia Università della Santa Croce, 2007; Álvaro DEL PORTILLO, *Una vida para Dios. Reflexiones en torno a la figura de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer. Discursos, Homilías y otros escritos*, Madrid, Rialp, 1992.

Antonio ARANDA

ESCATOLOGÍA-NOVÍSIMOS

1. Muerte. 2. Vida eterna y vida terrena.
3. Juicio y retribución (cielo, purgatorio, infierno). 4. Retorno y reinado de Cristo.
5. Resurrección de los muertos.

“Para los hijos de Dios, la muerte es vida” (AD, 79). Esta frase de san Josemaría resume bien su concepción del destino

final del hombre en cuanto individuo y en cuanto miembro de la familia de Dios. Si bien su enseñanza escatológica se halla plenamente inserta en la Tradición de la Iglesia, contiene acentos de especial interés: su modo positivo, amoroso y filial de comprender la muerte y el juicio divino; su percepción de la conexión sustancial entre la comunión transfiguradora con la Trinidad que experimenta el hombre en gracia, y la vida eterna; así como la ligazón entre el reinado de Cristo en la historia y su reinado al fin de los tiempos. A continuación trataremos estos puntos con mayor detenimiento.

1. Muerte

“¿Has visto, en una tarde triste de otoño, caer las hojas muertas? Así caen cada día las almas en la eternidad: un día, la hoja caída serás tú” (C, 736). San Josemaría meditaba frecuentemente sobre la muerte, en cuanto realidad humana tan inexorable como el pasar del tiempo. La perspectiva de la muerte –tanto la suya como la de otras personas– le movía a la oración y a la acción. “Me hizo meditar aquella noticia: cincuenta y un millones de personas fallecen al año; noventa y siete al minuto (...): díselo también a otros” (S, 897). En parte, la consideración del tema fue provocada por su experiencia –tres de sus hermanas fallecieron siendo él muy pequeño– y por su intensa labor pastoral: entre sus escritos hay muchos relatos de sucesos ocurridos en torno al lecho de muerte: del gitano moribundo en un hospital en Madrid, que hace un bello acto de contrición (cfr. VC, III Estación); de una mujer que veía en su larga y penosa enfermedad la bendición de Dios (cfr. F, 1034); o de un doctor en Derecho y Filosofía, cuya brillante carrera quedaba truncada con la muerte en una sencilla pensión (cfr. S, 877). San Josemaría pudo constatar de primera mano actitudes muy divergentes ante la muerte, desde la alegría (incluso la serena impaciencia, cfr.

S, 893) hasta el sobrecogimiento (cfr. C, 738) y la tristeza (cfr. S, 879).

Él tenía una visión eminentemente positiva de la muerte, como expresa un punto de *Surco*, en el que da la vuelta a un dicho popular: “Todo se arregla, menos la muerte... Y la muerte lo arregla todo” (S, 878). Pensaba así, porque para él la muerte no significaba el punto final. En el mensaje de san Josemaría aparece una formulación paradójica, del estrecho vínculo entre la *muerte* y la *Vida* (con mayúscula). “¿No has oído con qué tono de tristeza se lamentan los mundanos de que «cada día que pasa es morir un poco»? Pues, yo te digo: alégrate, alma de apóstol, porque cada día que pasa te aproxima a la Vida” (C, 737). “Si me comunicaran: «ha llegado la hora de morir», con qué gusto contestaría: «ha llegado la hora de Vivir»” (F, 1036). Tales afirmaciones se mueven en dos niveles: por un lado, el físico, biológico o terrenal, en el cual la vida queda visiblemente truncada por la muerte; por otro, el trascendente y sobrenatural, en el cual la vida se trueca en Vida (con mayúscula), un Vivir más pleno, allende la muerte. Este Vivir tiene contenido específico: el encuentro definitivo y amoroso con Dios, la reunión del hijo con su Padre (cfr. S, 885; F, 1034; S, 881; C 735), y con Jesucristo, María, José, los ángeles y los santos (cfr. AD, 220). Desde este punto de vista, el morir no puede entenderse como una tragedia, sino como un alegre llegar a casa: “Cara a la muerte, ¡sereno! –Así te quiero. –No con el estoicismo frío del pagano; sino con el fervor del hijo de Dios, que sabe que la vida se muda, no se quita. –¿Morir? –¡Vivir!” (S, 876; cfr. C, 744).

2. Vida eterna y vida terrena

Puede afirmarse que el pensamiento de san Josemaría sobre la muerte se encuadra dentro de una visión más amplia: la biografía de un hijo de Dios, con la nota predominante de amorosa aceptación de la voluntad del Padre en cada instante. “La

santidad consiste precisamente en esto: en luchar, por ser fieles, durante la vida; y en aceptar gozosamente la Voluntad de Dios, a la hora de la muerte" (F, 990; cfr. S, 883). En este horizonte, la muerte forma parte del gran itinerario espiritual de identificación progresiva con Cristo. Al igual que el Hijo hecho hombre obedeció al Padre en todo hasta la muerte en la Cruz y fue luego resucitado y glorificado (cfr. F, 1022, 1020), el cristiano ha de cumplir y amar la voluntad del Padre, viviendo y muriendo con los mismos sentimientos que Cristo. Con la actitud de absoluta entrega al Padre, el cristiano puede vivir sus días "sin miedo a la vida y sin miedo a la muerte" (AD, 141; cfr. F, 987). Su propia muerte, aceptada con amor, sería el coronamiento de una vida de entrega filial (cfr. C, 739).

Toda la existencia terrena del hombre, en cuanto período de maduración de una entrega filial, está transida de una tensión que puede denominarse escatológica: "El tiempo es nuestro tesoro, el «dinero» para comprar la eternidad" (S, 882; cfr. C, 355). Nos hallamos ante otra formulación paradójica mediante la que san Josemaría, siguiendo la fe católica, vincula el *tiempo* terreno con la *eternidad*. No se trata de dos conceptos meramente yuxtapuestos, sino de dos realidades existenciales que él percibe como verdaderamente compenetradas, en la vida del cristiano y en los planes divinos. Gastarse uno en la tierra sirviendo a Dios y a los demás equivale realmente a adentrarse en un misterio de comunión divina (cfr. AD, 208).

Esta dimensión escatológica de la vida ordinaria provoca en el cristiano un sentido de urgencia y responsabilidad. "Entiendo muy bien aquella exclamación que San Pablo escribe a los de Corinto: «*tempus breve est!*» (1 Co 7, 29), ¡qué breve es la duración de nuestro paso por la tierra! Estas palabras, para un cristiano coherente, suenan en lo más íntimo de su corazón como un reproche ante la falta de generosidad, y como una invitación constante

para ser leal. Verdaderamente es corto nuestro tiempo para amar, para dar, para desagraviar" (AD, 39). El tiempo no debe ser desperdiciado: es vida (cfr. S, 963), es gloria (cfr. C, 355); un hijo de Dios, durante su corta existencia terrenal, ha de emplearse a fondo en el cumplimiento de la voluntad del Padre, normalmente en los quehaceres ordinarios: "Porque fuiste «in pauca fidelis», fiel en lo poco, entra en el gozo de tu Señor. Son palabras de Cristo. «In pauca fidelis»... ¿Desdeñarás ahora las cosas pequeñas si se promete la gloria a quienes las guardan?" (C, 819; cfr. F, 1008).

La dimensión escatológica de la vida terrena mueve, además, a desprenderse de lo que parece felicidad pero, en realidad, es falsedad: "¿Por qué abocarte a beber en las charcas de los consuelos mundanos si puedes saciar tu sed en aguas que saltan hasta la vida eterna?" (C, 148). Aquí san Josemaría retoma las categorías de *tiempo* y *eternidad* para subrayar el contraste entre el vivir superficial y el Vivir auténtico. La referencia a Dios dota a todo el existir de un valor auténtico. En Dios y desde Dios, el amor humano, el trabajo, la virtud, el servicio a los demás, la alegría de la convivencia, se presentan como anticipo de la plenitud de vida a la que Dios finalmente destina. Por el contrario, los placeres, los amoríos, las vanidades y las grandezas mundanas se poseen por un corto espacio de tiempo, para luego desvanecerse (cfr. C, 753, 741, 601, 742). Son en sentido estricto "temporales", en contraste con Vivir "para siempre": "Mienten los hombres cuando dicen «para siempre» en cosas temporales. Sólo es verdad, con una verdad total, el «para siempre» de la eternidad" (F, 999; cfr. C, 752; F, 1021). Por esta razón, el creyente no debe permitir que la atracción de las cosas que no son de Dios le detenga en el camino (cfr. F, 1042; C, 29).

Encontramos en este punto otra tensión en el alma de san Josemaría, muchas veces expresada, y que evoca la inquietud de san Pablo (cfr. Flp 1, 21-26): entre el de-

seo ardiente de contemplar la faz de Dios, y la voluntad de seguir trabajando por Dios en la tierra. La actitud de san Josemaría representa un interesante equilibrio, que él mismo formula de este modo: “Para nosotros la muerte es Vida. Pero hay que morirse viejos. Morirse joven es antieconómico. Cuando lo hayamos dado todo, entonces moriremos. Mientras, a trabajar mucho y muchos años. Estamos dispuestos a ir al encuentro del Señor cuando Él quiera, pero le pedimos que sea tarde. Hemos de desear vivir, para trabajar por nuestro Señor y para querer bien a todas las almas... En tiempos de santa Teresa, los enamorados –tanto los místicos como los que cantaban el amor humano– solían exclamar, para demostrar la intensidad de su amor: «que muero, porque no muero...». Yo disiento de esta manera de pensar, y digo lo contrario: que vivo porque no vivo, que es Cristo quien vive en mí (cfr. Ga 2, 20). Tengo ya muchos años y no deseo morir; aunque, cuando el Señor quiera, iré a su encuentro encantado: «in domum Domini ibimus!» (Sal 121 [Vg 120], 1), con su misericordia, iremos a la casa del Señor” (Notas de una meditación predicada en Roma en 1962: CECH, p. 695; cfr. F, 1037; 1039; 1040). En definitiva, lo importante para un hijo de Dios no es ver pronto colmados sus propios anhelos, sino hacer lo que el Padre disponga.

3. Juicio y retribución (cielo, purgatorio, infierno)

La misma actitud sobrenatural de confianza se encuentra en el pensamiento de san Josemaría acerca del juicio divino, respecto al cual, sin desconocer el carácter dramático del momento (cfr., por ejemplo, C, 754 y 747), recalca que el *tempus breve* en la tierra desemboca en un encuentro con la Trinidad (cfr. S, 881). San Josemaría describe este encuentro poniendo a veces a Dios Padre en primer término y otras veces a Jesús. “¿No brilla en tu alma el deseo de que tu Padre-Dios se ponga

contento cuando te tenga que juzgar?” (C, 746). “«Me hizo gracia que hable usted de la «cuenta» que le pedirá Nuestro Señor. No, para ustedes no será Juez en el sentido austero de la palabra sino simplemente Jesús». Esta frase, escrita por un Obispo santo, que ha consolado más de un corazón atribulado, bien puede consolar el tuyo” (C, 168). Quien muere habiendo vivido de fe llega a un escenario “familiar”, un ambiente rebosante de Amor y Misericordia. Este motivo –teológico– constituye la razón principal por la que un creyente puede mirar hacia el juicio con ojos esperanzados. Además, el saber que uno ha vivido en gracia y correspondido al Amor de Dios es otro fundamento –digamos “antropológico”– de confianza ante la perspectiva del juicio (cfr. S, 890, 875).

Para quien ha vivido santamente el acontecer presente, el “más allá” no es sino el perfeccionamiento de su relación de amor con Dios y las criaturas. Nos encontramos aquí con dos principios que, en coherencia con la Tradición católica, rigen la concepción de san Josemaría sobre la Vida eterna:

- a) Un principio de *unidad*, según el cual hay una esencial continuidad en la vivencia de la criatura humana antes y después de la muerte. “Después de la muerte, os recibirá el Amor. Y en el amor de Dios encontraréis, además, todos los amores limpios que habéis tenido en la tierra. El Señor ha dispuesto que pasemos esta breve jornada de nuestra existencia trabajando y, como su Unigénito, haciendo el bien. Entretanto, hemos de estar alerta, a la escucha de aquellas llamadas que San Ignacio de Antioquía notaba en su alma, al acercarse la hora del martirio: «ven al Padre» (SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Ep. ad Romanos*, 7), ven hacia tu Padre, que te espera ansioso” (AD, 221).
- b) Un principio de *superación* o superabundancia, según el cual toda experiencia terrena de amor y felicidad se

queda corta en comparación con la vida eterna. “El cielo: «ni ojo alguno vio, ni oreja oyó, ni pasaron a hombre por pensamiento las cosas que tiene Dios preparadas para aquellos que le aman» (1 Co 2, 9). ¿No te empujan a luchar esas revelaciones del apóstol?” (C, 751). “¿Qué será ese Cielo que nos espera, cuando toda la hermosura y la grandeza, toda la felicidad y el Amor infinitos de Dios se viertan en el pobre vaso de barro que es la criatura humana, y la sacien eternamente, siempre con la novedad de una dicha nueva?” (S, 891).

Es de notar, en cualquier caso, que tanto en la vida terrena como en la vida bienaventurada son los mismos protagonistas los que están en relación –Dios por una parte y la criatura humana por otra–, y en la misma relación esencial: el Amor. “Un gran Amor te espera en el Cielo: sin traiciones, sin engaños: ¡todo el amor, toda la belleza, toda la grandeza, toda la ciencia...! Y sin empalago: te saciará sin saciar” (F, 995; cfr. F, 1030; AD, 209). “Tú y yo tenemos que obrar y vivir como enamorados, y «viviremos así eternamente»” (F, 988). De modo que el cristiano, de hecho, vive anticipadamente el cielo en la tierra: “En esta tierra, la contemplación de las realidades sobrenaturales, la acción de la gracia en nuestras almas, el amor al prójimo como fruto sabroso del amor a Dios, suponen ya un anticipo del Cielo, una incoación destinada a crecer día a día. No soportamos los cristianos una doble vida: mantenemos una unidad de vida, sencilla y fuerte en la que se funden y compenetran todas nuestras acciones” (ECP, 126). La intimidad con Dios en la tierra, aunque parcial e imperfecta, es una primicia de la bienaventuranza: “Cada vez estoy más persuadido: la felicidad del Cielo es para los que saben ser felices en la tierra” (F, 1005, 1006; C, 255).

La comunión feliz con Dios, que se incoa en la tierra y se consuma en el Cielo, posee entraña trinitaria: “No estamos

destinados a una felicidad cualquiera, por que hemos sido llamados a penetrar en la intimidad divina, a conocer y amar a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo y, en la Trinidad y en la Unidad de Dios, a todos los ángeles y a todos los hombres” (ECP, 133). A lo largo de la vida terrenal la inhabitación y acción del Espíritu Santo ya va formando “la imagen de Cristo cada vez más en nosotros”, “acercándonos cada día más a Dios Padre” (cfr. ECP, 135 y 136). Este trabajo del Espíritu se encamina hacia la configuración definitiva de las criaturas como hijos de Dios: “Si tenemos relación asidua con el Espíritu Santo, nos haremos también nosotros espirituales, nos sentiremos hermanos de Cristo e hijos de Dios, a quien no dudaremos en invocar como Padre que es nuestro” (ECP, 136). La bienaventuranza celestial consiste, entonces, en hallarse sumergido en “el eterno abrazo de Amor de Dios Padre, de Dios Hijo, de Dios Espíritu Santo y de Santa María” (F, 1012).

Dentro de la visión de Dios-Amor, se encuadra la concepción de san Josemaría de los otros dos estados escatológicos en que el difunto podría hallarse tras la muerte: el purgatorio y el infierno. “El purgatorio es una misericordia de Dios, para limpiar los defectos de los que desean identificarse con Él” (S, 889). Seguimos dentro de la lógica del amor, que implica identificación y compenetración, y que exige, en el caso de una criatura con disposiciones imperfectas, un proceso de enderezamiento o purificación. Tal criatura es ya amiga de Dios, no está lejos de la faz de Dios –“¡pueden tanto delante de Dios!”, dice san Josemaría, (C, 571)–; y por la misericordia de Dios –removido por los sufragios de los vivos (cfr. C, 571)– tal alma posee la certeza de llegar a la plena comunión con la Trinidad.

En realidad, san Josemaría, al referirse a las ánimas del purgatorio –“mis buenas amigas las almas del purgatorio” (C, 571)–, las sitúa dentro de un vasto

cuadro de solidaridad: ellas son parte de una familia sobrenatural compuesta por la Trinidad, los ángeles, los santos y los viadores, que tiene un pie en la historia y otro en la eternidad: “En la Santa Iglesia los católicos encontramos... el sentido de la fraternidad, la comunión con todos los hermanos que ya desaparecieron y que se purifican en el Purgatorio –Iglesia purgante–, o con los que gozan ya –Iglesia triunfante– de la visión beatífica, amando eternamente al Dios tres veces Santo. Es la Iglesia que permanece aquí y, al mismo tiempo, trasciende la historia” (AIG, pp. 42-43).

De este gran misterio de comunión sólo quedarán fuera aquellas criaturas libres –los demonios y los hombres que mueran sin arrepentimiento de sus pecados graves– que se empeñen en rechazar el Amor. “Si amo, para mí no habrá infierno” (F, 1047), asevera san Josemaría. No se refiere él aquí a un amor sólo profesado con los labios o mantenido como deseo vago; se refiere, al igual que Jesús, al amor operante: “Alma de apóstol: primero, tú. Ha dicho el Señor, por San Mateo: «Muchos me dirán en el día del juicio: ¡Señor, Señor!, ¿pues no hemos profetizado en tu nombre y lanzado en tu nombre los demonios y hecho muchos milagros? Entonces yo les protestaré: jamás os he conocido por míos; apartaos de mí, operarios de la maldad». No suceda, dice San Pablo, que habiendo predicado a los otros, yo vaya a ser reprobado” (C, 930; cfr. S, 888 y C, 754).

Así, pues, como contrapunto a la gran melodía del Amor de Dios que preside la historia de la salvación, san Josemaría percibe la posibilidad real de la libertad disonante de criaturas libres. Es indudable que Dios es misericordioso y siempre dispuesto a perdonar; pero también es cierto que ha otorgado irrevocablemente el don de la libertad a los hombres (cfr. AD, 36), y que este don puede ser utilizado por “almas mundanas” para “seguir adelante en sus

desvaríos” (C, 747; cfr. C, 749), colocándose fuera del alcance de la misericordia divina. Esta terrible posibilidad mueve a san Josemaría a insistir en el apostolado, entendido en sentido profundo como ayuda a la salvación de otros: “De ti depende también que muchos no permanezcan en las tinieblas, y caminen por senderos que llevan hasta la vida eterna” (F, 1011).

4. Retorno y reinado de Cristo

Volviendo a las relaciones entre *tiempo / historia* y *eternidad* en las enseñanzas de san Josemaría, podemos afirmar que, a la par que invita al creyente a tener los pies firmemente plantados en el suelo –participando de lleno en la ordenación de las realidades terrenas según la voluntad divina–, insta a no perder de vista la meta de la historia: el Reino de Dios, cuya plenitud será instaurada por Cristo el día de su retorno. Hay en esta visión una tensión en la que conviven el realismo del presente con la esperanza escatológica. Por un lado, afirma san Josemaría, “la perfección del reino –el juicio definitivo de salvación o de condenación– no se dará en la tierra. Ahora el reino es como una siembra, como el crecimiento del grano de mostaza; su fin será como la pesca con la red barrendera, de la que –traída a la arena– serán extraídos, para suertes distintas, los que obraron la justicia y los que ejecutaron la iniquidad. Pero, mientras vivimos aquí, el reino se asemeja a la levadura que cogió una mujer y la mezcló con tres celemines de harina, hasta que toda la masa quedó fermentada” (ECP, 180). Por otro lado, este Reino que crece discretamente en la historia está destinado a alcanzar, en el día de la parusía, una forma acabada, que perderá eternamente (cfr. *ibidem*).

Si hemos hablado de una tensión escatológica en las enseñanzas de san Josemaría referidas a la vida del creyente en sentido individual, cabe hablar también de una dimensión escatológica en su visión de la marcha de la historia general de la

humanidad. Este aspecto es expresado frecuentemente en términos del *reinado* o *reino* de Cristo. Este reinado, asevera san Josemaría, es ya una realidad: “no es un modo de decir, ni una imagen retórica (...). Verdad y justicia; paz y gozo en el Espíritu Santo. Ese es el reino de Cristo: la acción divina que salva a los hombres y que culminará cuando la historia acabe, y el Señor, que se sienta en lo más alto del paraíso, venga a juzgar definitivamente a los hombres” (*ibidem*).

El Reino incoado en la historia es en primer lugar el poder de Dios que se ejerce efectivamente para operar la conversión y salvación de los hombres; incluye también la colaboración de los hombres en orden a difundir el régimen divino de salvación. “En la historia, en el tiempo, se edifica el Reino de Dios. El Señor os ha confiado a todos esa tarea” (ECP, 158). “Mientras esperamos el retorno del Señor, que volverá a tomar posesión plena de su reino, no podemos estar cruzados de brazos” (ECP, 121).

¿En qué consiste específicamente la colaboración humana en la extensión del Reino? Las ideas de san Josemaría se encuentran condensadas en dos frases de raíces evangélicas, que él utilizó como lemas: “*Et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum*” (Jn 12, 32); y “*Regnare Christum volumus*” (cfr. Lc 19, 14 y 1 Co 15, 25). En primer lugar, los seguidores de Cristo deben empeñarse en realizar la voluntad de Dios en su vida personal: “Jesucristo recuerda a todos: (...) si vosotros me colocáis en la cumbre de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño, *omnia traham ad meipsum*, todo lo atraeré hacia mí. ¡Mi reino entre vosotros será una realidad!” (ECP, 183; cfr. F, 678). Pero no se trata tan sólo de que cada uno cumpla su deber cara a Dios –como si fuera una pieza aislada–, sino de involucrar al resto de la humanidad en un gran movimiento de sometimiento gustoso

y filial –junto con Cristo (cfr. S, 608)– al Padre, anticipando de esta manera el misterio de una humanidad renovada al final de los tiempos: “Urge (...) llevar a todos los estratos de esta humanidad nuestra el sentido sobrenatural, de modo que unos y otros nos empeñemos en elevar al orden de la gracia el quehacer diario, la profesión u oficio. De esta forma, todas las ocupaciones humanas se iluminan con una esperanza nueva, que trasciende el tiempo y la caducidad de lo mundano” (AD, 210).

Hay aquí dos pasos: desde dentro (de uno mismo), hacia fuera; y desde unos pocos, a muchos. Cada uno ha de permitir, primero, que Cristo reine efectivamente en su mente y voluntad, en sus actos y su conducta exterior; después, los que son así divinamente regidos –al igual que piedras caídas en un lago, que provocan ondas concéntricas de creciente amplitud (cfr. C, 831)– deben actuar como instrumentos para extender el reinado divino a más y más corazones (cfr. S, 608) y ámbitos (cfr. AD, 210), hasta abarcar todo –“El mundo.... –¡Esto es lo nuestro!”... –¡queremos que Él reine sobre esta tierra suya!” (S, 292; cfr. S, 608)–. El cristiano es, según esto, depositario de una misión, la de facilitar la llegada de la acción divina, purificadora y transformadora, a todo lo creado, para convertirlo en trasunto del Reino escatológico. “Esta es tu tarea de ciudadano cristiano: contribuir a que el amor y la libertad de Cristo presidan todas las manifestaciones de la vida moderna: la cultura y la economía, el trabajo y el descanso, la vida de familia y la convivencia social” (S, 302). En la medida en que el espíritu cristiano impregne los diversos ámbitos de la existencia humana, se harán perceptibles ya en la historia los frutos del Reinado de Cristo: la paz (cfr. C, 301), el amor (cfr. ECP, 183) y la justicia (cfr. S, 303).

De nuevo, es notable aquí el “principio de unidad”, tan presente en el mensaje de san Josemaría. De modo análogo a como la vida de amor de cada hijo de Dios se prolonga y se perpetúa más allá

de la muerte, los trabajos que los hombres realizan según la voluntad de Dios son auténticas semillas del campo cuajado que se espera al final de los tiempos: el Reino escatológico. Por esta razón, “los hijos de Dios no debemos desentendernos de las actividades terrenas” (AD, 210).

5. Resurrección de los muertos

El “principio de unidad”, finalmente, halla su aplicación a la condición humana al fin de la historia. Según la fe cristiana, el hombre salvado –carne y espíritu elevados por la gracia– está destinado a ser transfigurado –como lo fue Cristo– por la resurrección gloriosa. San Josemaría reitera con fuerza: “La fe nos dice que el hombre, en estado de gracia, está endiosado. Somos hombres y mujeres, no ángeles. Seres de carne y hueso, con corazón y con pasiones, con tristezas y con alegrías. Pero la divinización redundante en todo el hombre como un anticipo de la resurrección gloriosa. Cristo ha resucitado de entre los muertos y ha venido a ser como las primicias de los difuntos” (ECP, 103). Hay una ligazón misteriosa entre la vida mortal del creyente y la vida gloriosa tras la resurrección.

La participación en la vida del Resucitado comienza ya en esta vida, en esta tierra, con el Bautismo, y de modo especial con la Eucaristía: “se nos ha dado un principio nuevo de energía, una raíz poderosa, injertada en el Señor” (ECP, 155). San Josemaría asegura que “si obedecemos a la voluntad de Dios (...) se cumplirá en nosotros, paso por paso, la vida de Cristo (...). Y cuando venga la muerte, que vendrá inexorable, la esperaremos con júbilo como he visto que han sabido esperarla tantas personas santas, en medio de su existencia ordinaria. Con alegría: porque, si hemos imitado a Cristo en hacer el bien –en obedecer y en llevar la Cruz, a pesar de nuestras miserias–, resucitaremos como Cristo: «surrexit Dominus vere!» (Lc 24, 34), que resucitó de verdad” (ECP, 21).

Esta vida, vivida santamente –tanto en sus aspectos más materiales como en sus aspectos más espirituales (cfr. CONV, 114)–, constituye la semilla de la vida resucitada. Con un sano “materialismo cristiano” (cfr. CONV, 115), el creyente sabe valorar y aprovechar las ocasiones para realizar con espíritu de santidad las actividades más normales –comer, beber, etc. (cfr. 1 Co 10, 31)–, sabiendo que todo forma parte “de un movimiento ascendente que el Espíritu Santo, difundido en nuestros corazones, quiere provocar en el mundo: desde la tierra, hasta la gloria del Señor” (CONV, 115): un movimiento doxológico que culminará en el último día, cuando todo lo creado estará sometido a Cristo, y él lo presentará entero al Padre (cfr. 1 Co 15, 28).

Voces relacionadas: Esperanza; Libertad; Responsabilidad.

Bibliografía: C, 734-753; F, 987-1055; S, 875-898; CECH, pp. 819-833; Ernst BURKHARDT - Javier LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de teología espiritual*, I, Madrid, Rialp, 2010, pp. 344-357; Carlos ORTIZ DE LANDÁZURI BUSCA, “El caminar histórico hacia el Reino de Cristo en Josemaría Escrivá: El redescubrimiento de lo ordinario en «Camino», «Surco» y «Forja»”, en Josep-Ignasi SARANYANA et al. (dirs.), *El caminar histórico de la santidad cristiana. De los inicios de la época contemporánea hasta el Concilio Vaticano II. XXIV Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2004, pp. 497-516; Id., “El sentido escatológico del trabajo en Josemaría Escrivá: la revitalización cristiana del mundo en *Camino*, *Surco* y *Forja*”, en Jon BOROBIA LAKA et al., (eds.), *Trabajo y Espíritu. Sobre el sentido del trabajo desde las enseñanzas de Josemaría Escrivá en el contexto del pensamiento contemporáneo. IV Simposio Internacional Fe Cristiana y Cultura Contemporánea*, Pamplona, EUNSA, 2004, pp. 163-180; José Miguel PERO-SANZ ELORZ, “Esperanza cristiana y liberación temporal en el beato Josemaría Escrivá”, en José Miguel PERO-SANZ ELORZ - Jean-Marie AUBERT - Tomás GUTIÉRREZ CALZADA (eds.), *Acción Social del cristiano. El Beato Jo-*

semaría Escrivá y la Doctrina Social de la Iglesia, Madrid, Palabra, 1996, pp. 9-83; Leonardo POLO BARRENA, “El concepto de vida en Mons. Escrivá de Balaguer”, *Anuario Filosófico*, 18/2 (1985), pp. 9-32.

J. José ALVIAR

ESCRITOS DE SAN JOSEMARÍA: DESCRIPCIÓN DE CONJUNTO

1. Desde la fundación del Opus Dei (1928) hasta la marcha de san Josemaría a Roma (1946). 2. Desde la marcha de san Josemaría a Roma (1946) hasta finales de la década de 1950. 3. Desde fines de la década de 1950 hasta el 26 de junio de 1975. 4. Obras póstumas.

El fundador del Opus Dei ha dejado tras de sí una rica producción escrita, en servicio de lo que constituyó el substrato y la meta de toda su vida: su condición sacerdotal y el cumplimiento de la misión recibida el 2 de octubre de 1928, es decir, la promoción de una honda vida cristiana en medio del mundo. Sus escritos surgieron en conexión con el desarrollo de su apostolado y de su misión.

El análisis de la vida de san Josemaría permite distinguir dos periodos de producción literaria especialmente intensa (desde los inicios del Opus Dei a 1946, y desde fines de la década de 1950 hasta su fallecimiento), entre los que se sitúa un lapso de tiempo durante el cual no su labor de escribir, pero sí el número de obras publicadas disminuye. A ese esquema se ajustará nuestra exposición, en la que tendremos en cuenta la totalidad de la obra de san Josemaría dejando fuera, ya que, por su naturaleza, exceden el marco de esta voz, el amplio epistolario y los numerosos testimonios que se conservan (notas y grabaciones) de su predicación.

1. Desde la fundación del Opus Dei (1928) hasta la marcha de san Josemaría a Roma (1946)

A partir del 2 de octubre de 1928, fecha en la que percibió la misión a la que Dios lo destinaba, es decir, la fundación del Opus Dei, san Josemaría dedicó la totalidad de sus energías a esa tarea. En el contexto del inicio de su acción apostólica y fundacional, nacieron los primeros escritos. El estallido de la Guerra Civil española (1936-1939) frenó la expansión del Opus Dei, aunque no su crecimiento interior. Lo que hizo posible que, una vez llegada la paz, la labor apostólica pudiera conocer un gran desarrollo, extendiéndose desde Madrid a otras muchas ciudades españolas, y, después, a otros países. Tal es, en brevísimo esbozo, el trasfondo histórico que presuponen los primeros escritos de san Josemaría.

a) *Apuntes íntimos*

El primer escrito que se conserva es un artículo aparecido en 1927 en la revista publicada por un instituto de Zaragoza en el que impartía docencia: “La forma del matrimonio en la actual legislación española”, *Alfa-Beta*, 3 (marzo de 1927), pp. 10-12. Se trata, sin embargo, de un texto aislado. Todo intento de describir la obra literaria del fundador del Opus Dei tiene que partir de unos años después: de la consideración de un escrito, los *Apuntes íntimos*, que su propio autor no redactó pensando en su publicación, pero que constituye el punto de partida para la elaboración de varios de sus escritos posteriores, e incluso para la fijación de una metodología de trabajo que siguió durante gran parte de su vida.

Muy desde el principio, incluso desde antes del 2 de octubre de 1928, san Josemaría tuvo por costumbre tomar notas de luces recibidas en la oración, de experiencias espirituales y apostólicas, de textos del Evangelio que se grababan en su alma, etc. Procedió además, a trasladar esas notas a unos “Cuadernos” manuscritos,

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.